



Conferencia Internacional
(Primera Iberoamericana)

CHESTERTON
Y LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA

Buenos Aires, 21 al 24 de septiembre 2005

Ortodoxia y la Teología de la Alegría

Daniel Vergara del Carril

Conferencia pronunciada el día viernes 23 de septiembre

Sociedad Chestertoniana Argentina

Agüero 1287 Capital Federal CP (1425EMC) - Tel/Fax (54-11) 4961 6847

sca@SociedadChestertonianaArgentina.org

www.SociedadChestertonianaArgentina.org

Pocos años después de la muerte de Chesterton, Hilaire Belloc escribió una sentida semblanza de su amigo y compañero de ruta. Entre otras consideraciones, ajenas a esta alocución, destacó su espíritu de caridad, señalando que encaraba la controversia -su deleite- difícilmente como conflicto y casi siempre con consideración por su contrario.

Apunta que el paralelismo fue el arma peculiar de su genio único, para la ilustración por medio del paralelo y del ejemplo. Para Belloc ninguno de los escritores que él recuerda de la literatura inglesa alcanzaron su sorprendente y sobrehumana capacidad para el paralelismo, consistente en la ilustración de una certeza desapercibida, por su exacta consonancia con la reflexión de una verdad ya conocida y percibida de antemano.

Dice Belloc que al conversar con Chesterton, o al escucharlo hablar ante otros, se asombraba ante una destreza tal de ilustración no igualada por ningún otro pensador de la época, puntualizando que, no obstante, nunca buscó sobresalir por tales dotes, que brotaban de su interior como observaciones espontáneas.

En lo que respecta a nuestro tema de hoy, Belloc aduce que una cualidad de Chesterton que sería recordada con el paso de los años era su universalidad. Entendía a todos sus interlocutores, a quienes también se dirigía con trato caritativo. Según Belloc, Chesterton había sido visitado en su bautismo por tres hadas. Dos buenas y una mala. Las buenas eran el hada de la fecundidad en el discurso y de la apreciación amplia. La tercera fue herida de muerte al entrar en la Iglesia. Se lo bendijo así con la ausencia total de las insidias que muerden la vida de los escritores.

Fortuna singularmente alegre fue la de Chesterton ya que, pese a ser escritor, la amargura del oficio no se le acercó nunca. Muchas personas tienen un efecto moral dominante, pero pocas tienen una virtud cristiana dominante. La de Gilbert K. Chesterton era en manera inequívoca la virtud de la caridad cristiana, una virtud particularmente rara entre los escritores y, especialmente entre los escritores que tienen un empeñoso apetito de controversia, o sea de hacer saltar de pronto la verdad, cuando no hacer saltar al propio contrincante. Amaba a sus semejantes y a través de este aspecto comprendía a todos y entendió al hombre común. Esa virtud tan perceptible en su vida privada y en su discurso diario, era a la vez apoyo y desmedro de su fama. Apoyo porque le daba acceso a que todos lo escucharan como a un amigo y vaya que lo era para sus lectores, aún sus adversarios, que estaban dispuestos a escucharlo aunque les causara gran perplejidad. El desmedro, para Belloc, fue que le faltó esa mordedura que aguza el esfuerzo destinado a la persuasión. El espíritu de caridad le dio universalidad de atracción, pero habría disminuido la contundencia del ataque.

Sabido es que Belloc era experto en este tipo de mordeduras y por ello su prédica no tuvo la amplia recepción que le correspondió a su amigo. El mismo Belloc lo admite cuando reconoce que Chesterton había adquirido antes de su recepción en la Iglesia una privilegiada posición que le permitió ser escuchado aún después de franquear la frontera de la Fe, allende la cual estaba todo lo que sus compatriotas impugnaban. En esto fue bendecido y tal vez con justicia envidiado por aquellos a quienes se condena a la exclusión

y al exilio por causa de su fe. En la apreciación de un hombre, aún un escritor, la virtud es inconmensurablemente más importante que el talento y la atracción literarios.

Ahora entremos en *Ortodoxia*.

Chesterton escribe “Ortodoxia” pocos meses después de haber concluido “El hombre que fue jueves”. Esta última novela es probablemente aquella por la cual Chesterton es más recordado, tal vez por sus numerosas ediciones en distintas partes del mundo, entre ellas países que estuvieron bajo la órbita comunista. Curiosamente, el autor le restó importancia a su novela y en más de una ocasión minimizó las alegorías que sus comentaristas le atribuían. Sí, en cambio, señaló que su propósito fue describir el mundo de dudas y desesperación que los filósofos pesimistas de la época encaraban, de modo tal de que al concluir la pesadilla narrativa volviera a florecer la esperanza y se le diera sentido a las dudas vigentes.

En su excelente libro sobre las novelas de Chesterton, publicado en 1975, el Padre Ian Boyd señala que la puesta de sol de Saffron Park con la que se inicia la novela, expresa simbólicamente el pesimismo reinante desde fines del siglo XIX. Por otro lado, la tranquilizante y cálida descripción de la salida del sol al final de la novela expresa perfectamente la manera en que los temores del protagonista Syme son finalmente transformados en un sentimiento de esperanza. Contrasta ese amanecer con la inicial puesta de sol, descrita con un lenguaje apocalíptico, algo así como el fin del mundo. La pesadilla ha concluido.

Al final de la historia y cuando se han producido las sorprendentes vueltas de tuerca, la esperanza vuelve a reinar. Finalmente, Domingo no era el ser diabólico que parecía ser y los sucesivos enemigos desenmascarados resultan ser amigos con la cualidad de transformar la desesperanza y el terror en algo similar al optimismo. En una de sus palabras finales, Syme interpreta todas las aventuras vividas expresando lo que él consideraba el secreto del mundo entero y es que siempre se suele ver la parte de atrás del mundo, tal como los presuntos anarquistas veían siempre la espalda del jefe Domingo. Al ser vistas de atrás, las cosas aparecen como brutales porque ocultan su verdadera cara. Es necesario verlas de frente para comprenderlas mejor.

“Ortodoxia” sigue a “El Hombre que fue Jueves”. Es escrita en muy breve tiempo para responder a ciertas críticas que algunos comentaristas habían hecho al señalar que Chesterton había individualizado herejes y herejías en su libro escrito en 1905 y también había combatido activamente las filosofías agnósticas y pesimistas de su época, pero no había indicado cuál era la estructura de su pensamiento. Los desafíos se habían insinuado durante el verano europeo de 1908 y ya el 25 de septiembre “Ortodoxia” estaba en la calle. Haremos un rápido esbozo del contenido básico de esta obra, considerada como una de las más completas y contundentes de Chesterton, donde se advierte una clara y ordenada defensa de la filosofía cristiana que aún hoy mantiene una extraordinaria vigencia y actualidad y constituye una notable explicación de los principios básicos católicos, a pesar de que fue escrita 14 años antes de que Chesterton recibiera el Bautismo.

El ensayo comienza refiriéndose a aquel navegante inglés que, habiendo errado su ruta, descubrió Inglaterra convencido de haber descubierto una nueva isla en los mares del sur. Enseguida dice Chesterton que si alguien opina que la extinción es mejor que la existencia o que una vida vacía y monótona es mejor que la variación y la aventura, ese alguien no es uno de los seres normales a los cuales se va a dirigir, por cuanto es necesario vislumbrar al mundo combinando una idea de asombro con una idea de bienvenida. Se necesita saber ser felices de apreciar las maravillas de este mundo sin sentirse en él ni siquiera confortable. Esta es la enseñanza concluyente del credo que Chesterton se propone expresar en “Ortodoxia”.

Manifiesta que el navegante que descubrió Inglaterra por casualidad no es otro que él mismo. Considera su propio caso como ridículo, admitiendo que se deslumbró abiertamente por todas las ambiciones y predicciones filosóficas de fines del siglo XIX. Como todos los jóvenes de entonces trató de anticiparse a su época y adelantarse en algo a la verdad, para encontrarse después que esa verdad se le había adelantado en unos mil novecientos años. Confiesa haberse hallado en la ridícula situación de creer que se sostenía solo, estando en realidad sostenido por toda la cristiandad. Traté de encontrar para mi uso -dice- una herejía propia y cuando la perfeccionaba con los últimos toques, descubrí que no era herejía, sino simple ortodoxia. Encontré en el club anarquista o en un templo babilónico lo que pude haber encontrado en la iglesia parroquial vecina.

El segundo capítulo se titula “*El maniático*” y no voy a tratarlo puesto que es tema ya abordado ayer. Solamente quiero destacar una frase que revela hasta qué punto la filosofía de la época había entrado en un agnosticismo parecido al de la actual, que llevaba incluso a desaconsejar todo tratamiento de temas en los cuales la religión estuviera involucrada. (*La Esfera y la Cruz*).

Es aquélla frase donde comenta que es cierto que un hombre puede hallar exquisito placer desollando un gato, ante lo cual el filósofo religioso puede llegar a una de dos conclusiones. O bien niega la existencia de Dios, como lo hacen los ateos, **o bien niega** que el hombre pueda actuar como Dios si está apartado de El, que es lo que hacen los cristianos. Pero los nuevos teólogos llegan a una solución altamente racionalista. Niegan el gato.

En el tercer capítulo, *El suicidio del pensamiento*, hace mención a que algunos pensadores se preocupan por una verdad despiadada, frecuentemente falseada. Por ejemplo, el señor Blatchford **ataca al cristianismo** porque está loco debido a la mística y casi irracional virtud de la caridad. Tiene la extraña idea de que facilitará el perdón de los pecados decir que no hay pecados que perdonar. En un fugaz apartamiento de su espíritu caritativo, dice con ironía que el señor Blatchford es uno de los cristianos que realmente hubiera merecido ser comido por los leones, porque su tesis constituye una anarquía pagana.

Más adelante, hace una referencia al pragmático que aconseja creer en lo que se debe creer y no preocuparse en lo Absoluto, pero precisamente una de las cosas por la cual las personas tienen preocupación es ahondar en lo Absoluto.

El capítulo titulado “*La ética en el país de los duendes*” es interesante por las lecciones extraídas a partir de los cuentos de hadas donde se forjan los primeros ideales de la niñez, considerados por pensadores mayores como castillos en el aire que se habrían de desvanecer prontamente como las nubes. Para Chesterton la leyenda la hace la mayoría de la gente sensata del pueblo y forma parte de la tradición, muchas veces menospreciada por las clases dirigentes. *Tradicición* significaba para Chesterton dar votos a la más oscurecida de todas las clases, la de nuestros antecesores. En una de sus felices frases la describe como “la democracia de los muertos”. En otra decía que la democracia aconseja no desoír la opinión de un hombre bueno, aunque sea una persona simple. La tradición nos pide que no desoigamos la opinión de un hombre bueno, aunque sea nuestro padre o nuestro abuelo.

Chesterton era un fanático de los cuentos de hadas por considerar que el país de la hadas no es más que la radiante patria del sentido común. Allí no es la tierra quien juzga al cielo, sino el cielo quien juzga a la tierra. En los cuentos de hadas siempre suceden cosas consideradas imposibles y hay frecuentes conversiones de seres despreciables, lo que significa la posibilidad de asombrarse ante la ocurrencia de los pequeños milagros cotidianos. Así como los niños están agradecidos cuando Santa Claus llena sus medias de juguetes, uno debería estar agradecido cuando sus propias medias son llenadas con dos piernas que caminan milagrosamente.

Por eso, la asociación de los cuentos de hadas y duendes con la ortodoxia tiene que ver con la posibilidad del acaecimiento de hechos inverosímiles. El príncipe puede convertirse en sapo y luego volver a ser nuevamente un príncipe en la medida en que se cumplan determinadas premisas. Cenicienta puede obtener las más deslumbrantes vestiduras para asistir al baile que le era negado y obtener la atención del príncipe planificado para sus hermanastras, en la medida en que se retirara del baile antes de la medianoche y, por haber cumplimentado la condición, logró lo que parecía imposible.

Uno de los capítulos centrales de *Ortodoxia* es el titulado “*Las paradojas del cristianismo*”, que comienza con aquella observación acerca de la existencia de las criticadas contradicciones que se hacían a las concepciones cristianas. Un matemático de la Luna que tuviera que dar cuenta del cuerpo humano observaría desde allí que lo esencial en él es ser duplicado. Habiendo observado que hay un brazo a la izquierda y otro a la derecha, que lo mismo sucede con las piernas, con las manos y con el número de dedos de cada mano, ojos gemelos, orejas gemelas y aún cavidades craneanas gemelas, tomará como un hecho que al encontrar un corazón sobre la izquierda deducirá que existe otro a la derecha. Y, justamente cuando más sienta que está en lo cierto, estará en lo equivocado. Todavía hay científicos organizando expediciones para encontrar el corazón del hombre y cuando tratan de localizarlo lo buscan por el lado donde no está.

A partir de estas reflexiones señala Chesterton que su objeto es demostrar que si hay algo extraño en la teología cristiana es porque hay algo extraño en la verdad. Reconoce que cuanto había oído o leído sobre la teología cristiana en su época, había contribuido a alejarlo de ella. Era un pagano a los 12 años y un agnóstico completo a los 16. Había leído la

científica y escéptica literatura de su tiempo a partir de entonces y nada de apologética cristiana. Finalmente, fueron Huxley, Spencer y Bradlaugh los que lo llevaron a la teología ortodoxa por la contradicción de sus críticas y la lenta y aterradora idea de que el cristianismo debía ser algo extraordinario, porque no sólo poseía los más inflamados defectos, sino también aparentemente un místico talento para combinar entre sí defectos que parecían incombinales. Tan pronto un racionalista demostraba que estaba demasiado al Este, otro demostraba que estaba demasiado al Oeste. Apenas se calmaba la indignación de Gilbert ante su angulosa y agresiva cuadratura, se reavivaba nuevamente al observar cómo se condenaba su redondez sensual y enervante.

Le impresionaba el ataque al cristianismo como cosa inhumana y triste, ya que Chesterton consideraba que el pesimismo era el pecado sin perdón y ya estaba dispuesto a volar la catedral de San Pablo si el cristianismo era realmente pesimista como decían los filósofos de su época. Pero aquí le llamó la atención que en el capítulo I de los detractores, una acusación era que el cristianismo con mórbidas lágrimas y terrores impedía al hombre buscar placer y gozo en el seno de la naturaleza y en el capítulo II otra acusación era que confortaba a los hombres con una providencia ficticia y los albergaba en una nursery blanca y rosada. Dedujo entonces simplemente que el cristianismo debía ser más extraordinariamente perverso de lo que se creía. Una cosa puede tener dos defectos opuestos, pero si los tenía debía ser algo terrible.

La paradoja del Evangelio sobre la otra mejilla y la excesiva paciencia en los consejos cristianos o el hecho de que los sacerdotes nunca saldrían a pelear, tornaba viable la acusación de que el cristianismo era un intento de hacer al hombre demasiado parecido a las ovejas, pero al volver la página de su manual agnóstico, Chesterton encontraba que se debía odiar al cristianismo no porque luchaba poco, sino porque luchaba demasiado. Se había enojado contra él porque no se enojaba nunca y ahora debía enojarse contra él porque su ira había sido lo más tremendo y horrible de la historia humana. Los mismos que reprochaban al cristianismo la mansedumbre y la pasividad de los monasterios, eran ahora los que le reprochaban la violencia y el horror de las Cruzadas. Si Eduardo el Confesor no peleó y si Ricardo Corazón de León lo hizo, todo era culpa del mismo cristianismo.

Escribía Chesterton: si yo pido un altar, me dicen que no lo necesito porque los hombres en sus costumbres nos habían legado claros oráculos y creencias. Mas, si tímidamente insinuaba que una de esas costumbres universales fue la de tener un altar, me respondían que los hombres siempre habían vivido en la oscuridad de las supersticiones salvajes.

Se refiere luego a ciertos escépticos que escribieron que el gran crimen del cristianismo había sido atentar contra la familia, arrastrando a las mujeres a la soledad y a la contemplación del claustro, lejos de sus familias, mientras que otros escépticos señalaban que el verdadero crimen del cristianismo era imponer el matrimonio, condenando a las mujeres al yugo del hogar e impidiéndoles la soledad y la contemplación.

Otro cargo contradictorio era el de que algunas frases de las Epístolas expresan cierto desprecio por la inteligencia de la mujer, pero el cargo se revertía cuando quienes lo hacían

despreciaban la inteligencia de la mujer al decir que la Iglesia era solamente frecuentada por ellas. Sin olvidar a aquel librepensador que en una conversación con Chesterton, culpó al cristianismo de despreciar a los judíos e inmediatamente él mismo despreció al cristianismo por ser judío.

Nuestro autor expresaba su sorpresa e intriga por estos ataques tan contradictorios. No se puede ser a la vez sensual y ascético, cuáquero y sediento de sangre, lucir esplendor o demasiados harapos, conducirse austeramente y voluptuosamente, ser solemnemente pesimista y solemnemente optimista. Una institución histórica que nunca acierta es tan milagrosa como una que nunca puede equivocarse.

Chesterton recurrió con frecuencia a la alegoría de la esfera, que aparentemente clausura las contradicciones, con la cruz que las mantiene vigentes con ánimo de armonizarlas y orientarlas hacia un destino trascendente. En el capítulo de Ortodoxia que estamos comentando, manifiesta que la caridad es una paradoja como la modestia y la valentía. Significa una de dos cosas: perdonar actos imperdonables o amar gente no amable. Un pagano sostendría que si el acto es perdonable, el hombre también lo es. De lo contrario, el perdón es imposible. El cristianismo intervino con una espada y separó el crimen del criminal. El crimen no puede perdonarse en absoluto, pero al criminal se lo puede perdonar setenta veces siete.

La gente, concluye Chesterton, ha caído en la tonta costumbre de hablar de la ortodoxia como algo pesado y monótono. Y nunca hubo nada tan peligroso y apasionante como la ortodoxia. Es sensatez y ser sensato es más dramático que ser loco. Es fácil ser un loco o un hereje. Siempre es fácil que el mundo se salga con la suya; lo difícil es salirse con la de uno mismo. Haber caído en cualquiera de las convenciones que el agnosticismo opuso al cristianismo era obvio y soso. Pero evitarlas todas fue una aventura vertiginosa.

En el capítulo “*La eterna revolución*”, se refiere con ironía a las tendencias evolucionistas que 17 años después atacaría con mucho mayor espíritu satírico en *El hombre eterno*. La moralidad corriente no puede ser la moralidad que siempre está a la espera de que se complete un ciclo evolucionista. Un ideal correctamente establecido es tan necesario para el innovador progresista como para el conservador; **es necesario tanto si deseamos que las órdenes del rey sean ejecutadas prontamente, como si deseamos que el rey sea prontamente ejecutado**. La guillotina, escribió, tiene muchas culpas, pero si hemos de hacerle justicia no tiene nada de evolucionista.

Más adelante reivindica el buen humor al decir que la seriedad no es una virtud. Es una inclinación o falla natural, porque es la cosa más fácil de hacer. Escribir un artículo en el *Times* es mucho más fácil que escribir que un buen chiste en el *Punch*, porque la solemnidad fluye de los hombres naturalmente, pero la risa es un brote repentino. Es fácil ser pesado y difícil ser liviano.

A propósito de esta reflexión, Borges señaló en un artículo escrito en la revista *Sur* inmediatamente después de su muerte, que Chesterton recurre a la paradoja y al humor en

su vindicación del catolicismo, invirtiendo una tradición propia de sus adversarios de otros tiempos, como Voltaire. Hasta entonces, siempre el ingenio había sido movilizadado contra la Iglesia. La obra apologética de G.K. y sus contundentes demostraciones de que ninguna de las atracciones del cristianismo puede competir con su desaforada inverosimilitud, lo convierten en un defensor de retórica excepcional

En cuanto a la propuesta de una religión única de uso universal, se refiere al comentario de una tal señora Bésant, que había anunciado en un ensayo que en el mundo sólo debía existir una religión y que las demás son desfiguraciones de ella. La Sra. Bésant decía que esa iglesia universal es la doctrina según la cual todos somos realmente una sola persona y que no hay muro individual entre unos y otros. La Sra. Bésant no nos dice –manifiesta Chesterton- que amemos a nuestros vecinos; nos dice que seamos nuestros vecinos. Naturalmente, se muestra en desacuerdo con esta propuesta diciendo: **“Quiero amar a mi vecino no porque él sea yo, sino porque precisamente él no es yo. Quiero amar al mundo, no como se ama a un espejo porque es uno mismo, sino como se ama a una mujer, porque es enteramente diferente”**.

Ahora, con la anuencia de Carlos Velasco Suárez, cito textualmente una digresión sobre el psicoanálisis:

“El psicoanálisis no triunfará sobre la religión, justamente porque la religión es inagotable. Podrá sobrevivir o no, pero no triunfará. La religión no solo triunfará sobre el psicoanálisis, también lo hará sobre un montón de cosas. Es difícil imaginar lo poderosa que es la religión. Por poco que la ciencia ponga de su parte, lo real es que se extenderá y la religión tendrá entonces muchos motivos para apaciguar los corazones. La ciencia, que es lo nuevo, introducirá montones de cosas perturbadoras en la vida de cada uno. Sin embargo, la religión, sobre todo la verdadera, que es la romana, tiene recursos que ni siquiera podemos sospechar. Basta ver cómo bulle. Es algo absolutamente fabuloso.

Será necesario que la religión dé un sentido a todas las perturbaciones que introduzca la ciencia. Y sobre el sentido conoce bastante, ya que es capaz de dar sentido a cualquier cosa, como el sentido a la vida humana, por ejemplo. Desde el comienzo la religión consiste en dar sentido a las cosas naturales. No es que las cosas se volverán menos naturales gracias a lo real. La religión dará sentido a las pruebas más curiosas, esas en las que los propios científicos comienzan a experimentar un poquito de angustia.”

Creo que si abro un debate sobre el autor de este pensamiento, obtendría respuestas varias. ¿Lewis, Guardini, Juan Pablo II o el mismo Chesterton?. Pues bien, el autor de las afirmaciones transcritas es el mismísimo Jacques Lacan, a quien Chesterton hubiera invitado a beber un buen bordeaux en las viñas francesas.

Y así se acerca Chesterton al final de su ortodoxia, analizando la posibilidad de que el hombre que ha nacido al revés pueda decir o no cuando toma la posición correcta.

Solamente cuando se conoce la ortodoxia se conoce la emancipación mental. Al revés de lo que se presume, el cristianismo es pura alegría y el paganismo pura congoja. Giotto vivió en un pueblo más melancólico que el de Eurípides, pero en un universo más alegre que el suyo.

El pesimismo, a lo más, es una semi vacación emocional; la alegría es la rugiente labor por la cual viven todas las cosas. El Cristianismo repentinamente satisface y perfecciona el instinto ancestral del hombre de estar en la posición correcta por su credo. La alegría se convierte en algo gigantesco y la tristeza en algo accidental y pequeño.

En el primer ejemplar de *Sol y Luna* de 1938, decía Ignacio Anzoátegui que Chesterton era

“un amigo de Dios que le daba muy poco trabajo: una especie de administrador de Dios, encargado de repartir la verdad entre los hombres. Con su alegría de gordo se acerca al prójimo y le ofrece la verdad con una palmadita en la espalda. Y el hombre se ríe con él y el prestidigitador le saluda con su galera de felpa y de su galera vuela la paloma de la Gracia. (...) Chesterton es el novelista de un mundo en ruinas, que comunica al mundo que de las ruinas puede nacer una rosa agradable a Dios.”

De su lado, así lo describía otro talentoso admirador, que fue nuestro Leonardo Castellani:

“Para poder re-enseñar catecismo a los ingleses, había que entrar en una pub, sentarse ante un vaso de cerveza, saber de todo, amar a Londres, ser extravagante, estar de buen humor y tener un modo excéntrico, a la vez modesto y triunfal. Había que tener la alegría de un niño, una salud de toro, una fe de irlandés, un buen sentido de cockney, una imaginación shakesperiana, un corazón de Dickens y las ganas de polemizar más formidables que se han visto desde que el mundo es mundo”.

Para concluir, le doy la palabra a Chesterton en el cierre de *Ortodoxia*:

“La alegría, que fue la pequeña publicidad del pagano, es el secreto gigantesco del Cristianismo. Y al cerrar este volumen caótico, vuelvo a abrir el extraño librito del cual vino todo el Cristianismo; y otra vez me ronda una especie de confirmación. La figura tremenda que respecto a esto y a todo lo demás, llena las torres del Evangelio, por encima de todos los pensadores que se creyeron grandes. Su patetismo fue natural; casi fortuito. Los Estoicos antiguos y modernos se enorgullecieron de ocultar sus lágrimas. Él nunca ocultó sus lágrimas; abiertamente las mostró en su rostro accesible a todas las miradas cotidianas tanto como a la remota mirada de su ciudad natal. No obstante, escondió algo. Los superhombres y los diplomáticos imperiales se enorgullecieron de refrenar su ira. Él nunca refrenó su ira. Derribó las mesas por la escalinata del Templo y preguntó a los hombres cómo esperaban librarse de la condenación. No obstante, Él refrenó algo. Lo digo con

reverencia. En esa personalidad violenta había un rasgo de timidez. Hubo en Él algo que escondió a todos los hombres cuando subió a orar en la montaña. Había algo que constantemente ocultó con un silencio repentino, o con un impetuoso aislamiento. Cuando caminó sobre nuestra tierra, había en Él algo demasiado grande para que Dios nos lo mostrara. Ese algo era Su alegría.”